

CAPÍTULO L.

Escuela de Aténas.

PAPEL DE ATÉNAS EN EL SIGLO CUARTO.—LIBANIO.—TEMISCIO.—JULIANO.—
PROCLO.—TRATADOS FILOSÓFICOS DE PROCLO.—PROCLO POETA.—SUCESTORES
DE PROCLO.

Papel de Aténas en el siglo cuarto.

Las escuelas de Aténas jamás perdieron su antigua reputación, y en tiempo del imperio aun pasaba la ciudad de Minerva por morada predilecta de las Musas; pero á lo que parece, los maestros que en la patria de Sócrates y Sófocles perpetuaban el culto de la filosofía y de la literatura, se ciñeron á la enseñanza oral. Apenas han llegado hasta nosotros los nombres de algunos de ellos: eran hombres instruidos y muy capaces de trasmitir á los demás los principios de las ciencias y artes, si bien no se desvivían mucho para acrecentar un tanto por su parte la antigua herencia. Con todo, libertad tenían para hacerlo: formaban entre sí una república, en la cual no se ingresaba sino por elección, y en cuyos usos y franquicias no se ingerían los emperadores. Contentábanse con disfrutar de los tesoros en otro tiempo por el genio allegados, y vivían con el sosiego algo muelle que prestan el contentamiento de sí mismo, los triunfos obtenidos sin gran trabajo, el bienestar presente y la seguridad para lo sucesivo. Los adelantos del cristianismo, la supresión de las escuelas paganas en las ciudades donde dominaba el espíritu nuevo, las tendencias de la política imperial, próxima á adorar lo que había quemado, y á quemar

lo que había adorado, y en fin, el soplo eficaz de las doctrinas neoplatónicas, bastaban y en nuestro sentir sobraban para despertar aquel mundo de filósofos y literatos, para sacarles de sus lisonjeras ilusiones y volverles al sentimiento de la realidad. En el siglo VI, su vida fué un combate, y la lucha no cesó hasta que un emperador abolió la enseñanza de las ciencias y letras profanas, acallando los ecos que habían repetido los acentos armoniosos del divino Platon.

En Aténas fué donde el politeísmo hizo mas esfuerzos para remozarse, y donde por mas tiempo se detuvo en la pendiente de su decadencia; allí lucieron los últimos lampos del genio pagano; allí florecieron los varones que podemos llamar los últimos griegos; en Aténas aprendió Juliano los pormenores de las operaciones teúrgicas, y se penetró de aquel misticismo alejandrino que le convirtió en tan extraño y original personaje, envuelto en el manto imperial; en Aténas estudiaron y enseñaron los Libanios y los Temiscios, antes de ser hombres importantes en el imperio; en Aténas, finalmente, vivieron y enseñaron los últimos gentiles dignos del hermoso nombre de filósofos.

Libanio.

Libanio nació en 314 ó 315, en Antioquía de Oronte, y murió en la misma á últimos del siglo IV, despues de distinguirse en varios puntos, y especialmente en la nueva capital que Constantino elevara á metrópoli del imperio. Libanio era pagano acérrimo pero no fanático, y honrábase con la amistad de algunos de los mas ilustres representantes de las doctrinas cristianas, de los Basilio, Crisóstomos y Gregorios Nazianzenos. A pesar de su amor y admiración

por Juliano, vituperado al restaurador de las antiguas creencias por haberse propasado en su celo y haber ejercido contra los cristianos deplorables crueldades. Quédannos de él un gran número de obras, pertenecientes mas ó menos al género sofístico: son discursos sobre varios asuntos de historia, mitología y moral; arengas oficiales; modelos para el uso de los adeptos de la oratoria, etc. La única parte verdaderamente interesante de las obras de Libanio, es la colección de sus cartas, que pasan de dos mil: en ellas es donde con mas fruto puede estudiarse el estado de la literatura y de la sociedad griegas en el siglo IV. No es Libanio menos sofista ni menos campanudo en un billete de cuatro líneas que en un discurso destinado á ser pronunciado en público; pero cuando ese billete se dirige á San Basilio, y este no se desdeña de contestar á los cumplidos del retórico gentil con elogios casi fabulosos, el lector moderno no puede menos de experimentar cierto placer y satisfacción al recorrer aquellos monumentos de la cortesía antigua. Ocioso es observar que Libanio está reñido con la elocuencia, y que el orador de Constantinopla, como algunos le llaman, es un hábil fraseólogo, un escritor mucho mas aficionado á los giros del lenguaje culto que á la naturalidad de los sentimientos y á la exactitud de las ideas.

Temiscio.

Temiscio es mas grave y mas elevado: es un filósofo, un repúblico, y aunque no siempre se halle exento de los defectos que podemos censurar en Libanio, y se acuerde demasiado de su profesion de maestro de retórica, el calor de sus convicciones, la nobleza de sus sentimientos y la eleva-

cion de sus ideas prestan á su estilo una gravedad elocuente, una unción, un no sé qué, que nos hace apreciar al escritor, porque en él vemos á un hombre. Nació Temiscio por los años de 325, en la Paflogonia, y se sabe que aun vivia en tiempo de Arcadio, esto es, á últimos del siglo IV. Ejerció importantes cargos en Constantinopla, y sus virtudes le granjearon el aprecio de gentiles y cristianos. Teodosio le nombró maestro de su hijo Arcadio. Temiscio fué pagano toda su vida, ó mas bien, libre pensador. A su fama de elocuente debió el dictado de Eufrades, ó de hablador distinguido.

Poseemos varias obras de Temiscio. Son estimados, y lo merecen, sus comentarios sobre algunos tratados de Aristóteles; pero no son estos útiles trabajos los que le dieron nombradía. Sus discursos son á veces arengas pomposas, panegíricos de emperadores, documentos de curia, y no monumentos literarios. Con todo, los mas versan sobre objetos de eterna importancia, y nada han perdido, aun hoy en dia, de su interés y oportunidad.

Temiscio enderezó algunos discursos á los que se enorgullecian con el nombre de sofistas, y rechazó enérgicamente este título como una calificación infamatoria que él no merecia. En efecto, tenia derecho á considerarse miembro de una familia mas noble que la de Górgias, y no era enteramente indigno del gran Platon, cuyas obras meditaba con asiduidad.

Juliano.

No era Juliano, como Temiscio, un hombre prudente y sesudo. No conoció bien á su época ni á los hombres de la misma. En su ánimo imperaba mas la pasión que la sensa-

tez, y su misticismo le arrastró á lamentables extravíos. Hizose odioso cuando quiso instaurar el politeísmo y atraer á la muchedumbre á los templos antiguos. Sus virtudes personales, su capacidad militar, su valor, su ingenio, todo lo que en otro siglo hubiera bastado para elevarle á la categoría de los héroes de la humanidad, solo sirvió para convertirle en sofista extravagante, ó mejor, en artista cuyos caprichos arqueológicos comprometieron por un momento la suerte del mundo. Pero aquí no se trata de juzgar al político desatentado, sino al escritor; y las obras de Juliano merecen figurar entre las mas notables y mas originales producciones del genio antiguo. En los siglos de decadencia no era comun escribir con aquella fuerza de imaginacion, con aquella ingeniosa viveza, ni menos con aquel buen gusto clásico y casi intachable pureza de diction.

No conocemos sino por fragmentos el libro de Juliano en defensa del helenismo, esto es, de las tradiciones religiosas de Grecia contra los ataques del cristianismo; y nada tenemos de sus memorias sobre sus campañas en Germania. A poder juzgar de este último escrito, dice un crítico, por el carácter general de sus obras literarias, parece que debería de reunir la sencillez y precision de César, con mas gracia, pero con menos nervio y concision. La obra maestra de Juliano es la sátira intitulada *Los Césares ó el Banquete*, cuadro de las virtudes, vicios y desatinos de los emperadores. Las figuras están diseñadas con maestría, con gran delicadeza de toque y admirable verdad de colorido. No adula el autor á Constantino; pero este hombre sanguinario, hipócrita, afeminado y cubierto de crímenes me-

recia tal vez menos consideraciones aun. La sátira contra los habitantes de Antioquia, intitulada *Misopogon*, esto es, el enemigo de la barba, casi compite con aquella en chiste y gracia. Sin embargo, experimentase cierto disgusto al ver que el señor del universo compromete la majestad imperial en la ironía y la invectiva, porque los galileos de Antioquia se han mofado de sus pretensiones filosóficas, de su traje desaliñado, de su barba mal peinada y de sus modales groseros, indignos. Pero en eso principalmente, en las confesiones que no puede menos de hacer, es donde se nota mas claramente cuál era á la sazón el estado de las almas, y cuán poco satisfacía el paganismo prescrito por imperial decreto los instintos y necesidades de los pueblos: «Hacia el décimo mes viene la antigua solemnidad de Apolo; y la ciudad habia de trasladarse á Dafne, para celebrar la fiesta. Salgo del templo de Júpiter Casio, y acudo, figurándome que iba á ver toda la pompa de que es capaz Antioquia. Tenia la imaginacion llena de perfumes, víctimas, libaciones, jóvenes con magníficas vestiduras blancas, símbolos de la pureza de su corazón; mas todo eso no era mas que un hermoso sueño. Entro en el templo, y no hallo ninguna víctima, ninguna torta, ningun grano de incienso. Quedo pasmado; pero creo que los preparativos están fuera, y que, por respeto á mi calidad de supremo pontífice, se aguardan mis órdenes para entrar. Pregunto pues al sacerdote lo que ofrecerá la ciudad en tan solemne dia: «Nada, me contesta; aquí está solamente un ganso que traigo de mi casa, pues hoy la ciudad no ha ofrecido cosa alguna.»

Los discursos y cartas de Juliano prueban con no menor

elocuencia que la reaccion pagana se limitó á la sociedad oficial, sin pasar á la gran sociedad del imperio. Para dar al politeísmo una apariencia de vida, vese Juliano reducido á predicar, digámoslo así, la falsificación del cristianismo. En sus instrucciones á un gobernador de Galacia, reconoce que los cristianos superan en virtudes exteriores á los gentiles, y á este contagio del bien, aparente ó real, atribuye los progresos de la secta execrada. En seguida, despues de encargar á los que la aborrecen como él que no se dejen vencer de tal modo á la vista de los pueblos, y decir á Arsaces que no permita que los sacerdotes de los dioses observen una vida inconveniente ó relajada, Juliano añade estas palabras: « Establece hospicios en todas las ciudades, para que las personas que carezcan de asilo ó de medios de subsistencia disfruten en ellos de nuestros beneficios, cualquier que sea la religion que profesen. Seria harto vergonzoso que nuestros súbditos estuviesen faltos de todo socorro de nuestra parte, mientras no se ve ningun mendigo entre los judíos, ni siquiera entre la impia secta de los galileos, la cual mantiene, no solo á sus pobres, sino con frecuencia á los nuestros.»

El historiador de la escuela de Alejandría, que consagró excelentes páginas á Juliano, caracteriza en los siguientes términos el talento literario del autor de los *Césares*: « Escritor lleno de gracia y naturalidad, pocas veces se abandona á expresiones de mal gusto, ó á arranques declamatorios. Tiene mas ingenio que imaginacion, mas viveza que elocuencia, mas finura que elevacion y grandeza. Ningun autor coetáneo puede comparársele en sencillez de composicion, ni en claridad y elegancia de estilo.»

Proclo.

Entre Juliano y Proclo media un espacio de tiempo de bastante consideracion; pero de uno á otro la literatura pagana solo ofrece nombres oscuros. Los menos indignos de mencion son los de los hombres modestos que enseñaban la filosofía en Aténas, á últimos del siglo IV y á la primera mitad del V, como Plutarco, hijo de Nestorio, y Siriano, los dos maestros que trasmitieron á Proclo la rica herencia de la ciencia alejandrina. Ambos filósofos son tambien poco conocidos, y sus obras han perecido, menos el sábio comentario de Siriano sobre la *Metafisica* de Aristóteles. Algunos de los escritos de Proclo son tal vez redacciones de las lecciones de sus maestros. A lo menos sabemos que Plutarco en su edad mas avanzada quiso leer y estudiar con un jóven de tantas esperanzas ciertos diálogos de Platon, y que le hizo redactar unos comentarios, diciendo: « Con tu nombre los conocerá la posteridad.»

Proclo nació en 412, en Xanto (Licia), ó segun otros en Constantinopla, pero de padres licios. Fué muy jóven á estudiar en Alejandría, y á la edad de veinte años pasó á ponerse en Aténas bajo la direccion de Plutarco y Siriano. Despues de completar su educacion viajando, domicilióse en Aténas, y por los años de 450 sucedió á Siriano en la direccion de la escuela. De ahí el apellido de Diádoco, esto es, sucesor, que á veces se añade á su nombre. Enseñó por espacio de mas de treinta años con extraordinario aplauso, y murió en el de 485. Fué el último de los grandes filósofos griegos, el último de los grandes prosadores y el último de los grandes poetas. La literatura griega tuvo el

insigne honor de acabar con un hombre en quien revivia al par algo del alma de Homero y algo de la de Platon.

Tratados filosóficos de Proclo.

Proclo escribió mucho, y aunque solo poseamos parte de sus obras, este resto es muy considerable y contiene tratados de capital importancia, entre otros los larguísimos comentarios sobre el *Timeo*, el *Parménides* y el *Alcibíades*, y los *Elementos de Teología*. También hay ciertos opúsculos muy notables, cuyos originales griegos han perecido, y que solo existen en una basta y defectuosa traducción latina del siglo XIII. El estilo de Proclo no tiene nada de la sequedad impetuosa, del desorden y confusión que hemos notado en los escritos de Plotino; antes se asemeja á la elegancia fácil y agradable de Longino y Porfiro. El pensador profundo y el sábio universal nunca perjudican al escritor. Proclo avanza metódica y lentamente, con minuciosidad, pero con claridad, diciendo cuanto ha de decir, sin dejar al lector cosa alguna por adivinar. Es un excelente autor didáctico. Si Plotino hace conocer mas viva y eficazmente la verdad, Proclo, como dice el Sr. Vacherot, la hace comprender mejor. El mismo crítico caracteriza muy bien la empresa del filósofo de Aténas: « Mas que otro cualquier filósofo, Proclo estuvo penetrado del espíritu alejandrino, del espíritu que aspira á comprenderlo todo, á explicarlo y conciliarlo todo. No hay ninguna tradicion del sentido comun, cualesquier que sean su índole é importancia, en que no parase mientes. Primero toda la filosofía alejandrina, y despues toda la ciencia del pasado, vienen á resumirse en ese sistema, que con razon pudiéramos definir

síntesis universal de los numerosos elementos de la sabiduría antigua, elaborada bajo el influjo del Platonismo. Proclo expresaba enérgicamente el carácter de su mision cuando se llamaba pontífice de todas las religiones; hubiera podido añadir: y el filósofo de todas las escuelas.»

Proclo Poeta.

Las poesías de Proclo prueban que no era menos apto el filósofo para expresar tambien la verdad en formas brillantes y populares, que para descubrirla en el fondo de los símbolos antiguos, en los versos de Orfeo, Homero ó Pitágoras. Estas poesías eran himnos religiosos. Corria el tiempo en que algunos supuestos poetas componian con el nombre de Orfeo oraciones sagradas (*hiératiques*) ó místicas, que carecen completamente de poesía, y que ellos llamaban himnos: llegan al número de ochenta y ocho, y son del todo indignos, no decimos del ingenio de Orfeo, sino hasta del talento de los sectarios órficos que vivian en tiempo de Pisistrato y de los Pisistrátidas. Los himnos de Proclo, por el contrario, respiran entusiasmo é inspiracion; y tres de ellos, á lo menos, pueden pasar por obras maestras. Los dos himnos á *Vénus* no tienen tal vez grande importancia; el de *Hécate* y *Jano* es muy corto y algo insignificante; pero el himno *al Sol* es magnífico en pensamientos é imágenes, y el himno á *Minerva Polimétis*, esto es, á la Ciencia y á la Sabiduría, es aun mas elevado y mas brillante. El himno á *las Musas*, que vamos á insertar íntegro, dará una idea de las trasformaciones que Proclo hacia sufrir á las tradiciones antiguas. Como se verá, todo es nuevo en sus deprecaciones, menos los nombres de las di-

vinidades que invoca, y traduce poéticamente los dogmas de su filosofía, aunque aparente seguir las sendas trilladas de la mitología. Eso es lo que ha prestado vivo interés á sus versos; por eso esta poesía es viva é inmortal, y comparable con las obras mas admiradas que nos legó el genio literario de Grecia. Proclo es un poeta verdadero, grande; no uno de los héroes de la poesía, como Homero ó Esquilo, sino uno de los mas grandes despues de los primeros. A lo menos iguala á Cleanto.

« Cantemos, sí, cantemos la luz que levanta á los mortales: son las nueve hijas del gran Júpiter, las Musas de voz armoniosa. Cuando nuestras almas cruzaban errantes los abismos de la vida, sus libros saludables las santificaron, preservándolas del funesto ataque de los dolores terrestres. Por ellas aprendieron nuestras almas á elevarse sobre las profundas aguas del olvido, á fin de llegar puras al astro unido á su suerte, al astro que en otro tiempo abandonaron, cuando cayeron á la playa de la existencia, locamente enamoradas de la materia. En cuanto á mí, diosas, calmad mis tumultuosas agitaciones, y extasiadme con las sensatas palabras de los sábios; haced que la raza de los impíos no pueda desviarme del sendero sagrado, luminoso y fecundo. Del seno de la revuelta y desenfrenada muchedumbre, atraed continuamente mi errante alma á la santa luz; colmadla con los frutos de vuestros preciosos libros, y permitid que posea siempre el don de elocuencia y persuasion. Escuchadme, dioses que empufáis el gobernalle de la sagrada sabiduría; vosotros que encendeis en las almas de los mortales la llama que les sublima; vosotros que les arrebatáis á la mansion de los inmortales, léjos del tenebroso

abismo de este mundo, santificándoles con las purificaciones de los cantos místicos. Escuchadme, poderosos salvadores; mostradme la pura luz en los santos libros; disipad la niebla que me cubre los ojos, á fin de que distinga sin dificultad al dios inmortal y al hombre. Que un pernicioso demonio no me tenga eternamente apartado de los bienaventurados, bajo las profundas corrientes del olvido; que un castigo funesto no sujete con las ligaduras de la vida mi alma trémula en el seno de las aguas de la helada humanidad, mi alma que ya no quiere vagar errante de este modo. Oídme, dioses guias de la resplandeciente sabiduría: yo me esfuerzo para entrar en la via que á vosotros conduce; reveladme los misterios y las iniciaciones de las palabras sagradas.»

El único defecto que puede notarse en los versos de Proclo, es alguna redundancia en los epítetos, y la repeticion sobrado frecuente de las mismas ideas y palabras.

Sucesores de Proclo.

Proclo dejó muy floreciente la escuela de Aténas. Sucedióle Marino, como él sucediera á Siriano: este Marino era hombre de algun talento y filósofo distinguido, y solo tenemos de él una *Vida de Proclo*, obra interesante, aunque muy mediana; pero sabemos que compuso muy buenos tratados sobre varios puntos importantes de la ciencia. Damascio, escritor elegante, cuya entusiasta imaginacion se apasionó vivamente por las doctrinas particulares á Iamblico, disintió mas de una vez de su maestro Proclo, segun nos lo dice Simplicio, excelente comentador de Aristóteles y Epiceto. Simplicio y Damascio se hallaban pues en el auge de

su fama, cuando en el año 529 mandó Justiniano cerrar las escuelas de filosofía; y refugiáronse con algunos discípulos suyos en la corte del rey de Persia Cosrós, regresando mas adelante al imperio, sin que consiguiesen reanimar el amortecido foco de la civilización pagana.

CAPÍTULO LI.

Apéndice.

HELIODORO.—LONGO.—AQUÍLES TACIO.—JENOFONTE DE EFESO.—ARISTÉNETES.—ESTOBEO.—EUNAPES.—NONO.—COLUTO.—TRIFODORO.—QUINTO DE ESMIRNA.—MUSEO EL GRAMÁTICO.—AGÁTIAS.

Pudiéramos dispensarnos de alargar mas la enumeración de los autores que escribieron en griego y alcanzaron cierta nombradía en los siglos IV y V, ó bien mas adelante aun. Los que no pertenecen á la literatura cristiana forman parte de la bizantina, la cual nunca produjo ninguna obra original, y cuyas imitaciones mas ó menos ingeniosas son tan poco clásicas como en otro género los escritos latinos de los mas entendidos ciceronianos del renacimiento. Hay empero algunos prosistas y poetas á quienes acostumbramos contar entre los griegos propiamente llamados, y dos de los cuales á lo menos, Heliodoro y Longo, gozan en Francia de una reputación igual á la de los mayores ingenios de la antigüedad. Cumple, pues, decir algo de cada uno de esos autores, y caracterizar sus obras.

Heliodoro.

Heliodoro era cristiano, y en su juventud fué obispo de

Tricca en Tesalia. Vivía á fines del siglo IV y en la primera mitad del V. Su famosa novela intitulada *Etiópicas*, historia de los amores del tésalo Teágenes y de la etíope Cariclea, nos sería enteramente desconocida si Santiago Amyot no se hubiese tomado el trabajo de traducirla, y si Racine en su mocedad no se hubiese prendado de los cuadros eróticos del obispo de Tricca. Esta fantástica novela es un tejido de aventuras inverosímiles, sin que nada se refiera á ningún tiempo ni lugar determinado; y las costumbres que pinta Heliodoro no son menos falsas é imaginarias. Respecto de las combinaciones dramáticas, en las cuales estriba todo el interés de la fábula, no costarian al autor grandes esfuerzos de inteligencia. Limitóse á compilar en su libro las invenciones desparramadas en las obras de los poetas antiguos, y en particular de los de la Comedia nueva: piratas, bandidos, combates, raptos, cautiverios, reconocimientos, etc. Apesar de su laboriosidad, casi siempre fastidia; pero nuestro venerable Amyot le dotó de aquel estilo sencillo y encantador que haría leer escritos aun peores que las *Etiópicas*.

Longo.

A Longo le cupo la misma dicha que á Heliodoro: tradújole Santiago Amyot. Longo, es de época desconocida, y uno de los escritores mas sofisticos y afectados que hay: solo se cuida del juego de palabras y sílabas; su relación pastoril se halla atestada de sentencias y descripciones; la verdad de los cuadros desaparece casi por completo bajo su viveza y brillantez. La novela de *Dáfnis y Cloe* es un libro mal compuesto donde todo es falso, aventuras, costumbres, caracteres, y sobretudo el estilo; hablamos

del libro de Longo; pero esos defectos se atenúan ó se borran en la exquisita prosa del respetable traductor francés; en términos que un original más que mediano, una obra ingeniosa sin duda, pero destituida de naturalidad y gracia, indecente y obscena antes que voluptuosa, convirtiéndose en manos de Amyot, no en un libro muy casto, sino en un cuadro ameno y encantador. Al completar y enmendar la versión de Amyot tuvo Pablo Luis Courier la discreción de no alterar su carácter, y de comprender que Longo sería casi ilegible si no se le presentara en la misma forma y gala que disimula ó trasforma sus imperfecciones.

Aquiles Tacio.

Aquiles Tacio aventaja á Longo y Heliodoro en la pureza del estilo y en el interés de las relaciones; mas no ha tenido á ningun Amyot que illustre su nombre y naturalice su obra entre nosotros. Su novela de *Leucipa y Clitofonte* no está compuesta con mucho arte, y Tacio no sabe observar mejor que Heliodoro y Longo las leyes de la verosimilitud; pero es divertido, porque á veces rie, y porque los poetas cómicos, sobre sugerirle invenciones singulares, aventuras, peripecias, y en una palabra, todo el enredo dramático, le han prestado parte de su gracia y jocosidad.

Ignórase si Aquiles Tacio es anterior á Heliodoro, ó Heliodoro á Aquiles Tacio; pero es tal la semejanza que se nota entre su obra y la del obispo de Tricca, que casi pudiera decirse que Heliodoro imitó *Leucipa y Clitofonte*, ó Aquiles Tacio las *Etiópicas*. Con todo, Heliodoro es casto, y nunca pinta el vicio sino para afearlo, al paso que Aquiles Tacio se complace en ciertos sentimientos é ideas que

prueban que los lectores de aquellos tiempos no eran muy escrupulosos en punto á moral y pudor. *Leucipa* conserva, como *Cariclea*, su pureza virginal en medio de toda clase de aventuras; pero el resultado final no disculpa de ningun modo los medios, y los cuadros de Aquiles Tacio merecen con harta frecuencia las más graves censuras. Para hacer completa justicia á este autor es indispensable, como observa el Sr. Zevort, pararse particularmente en los pormenores, en la forma, en el estilo, donde entre las gracias acicaladas y la afectación, brilla todavía un visible reflejo de la elegancia antigua, y algo del gusto de Platon.

Jenofonte de Efeso.

La novela de *Antia y Habrocomo*, ó sea las *Efesiacas*, se parece á los libros de Tacio y Heliodoro, así en el curso de los sucesos y en la elección de los episodios como en la falta de verdad; nótese en ella, como en la de Tacio, una completa indiferencia moral y un cinismo extraño en el empleo de los más inmundos materiales; pero Jenofonte de Efeso, autor de esta novela, dista de tener el talento de sus antecesores. « La limada elegancia de Tacio, dice el señor Zevort, ha hecho lugar á la aridez; á la manera épica de Heliodoro ha sucedido una fría exposición histórica; las invenciones, cada vez más comunes, se hinchan y se exageran hasta el absurdo, y se sacrifica la unidad: *Habrocomo* y *Antia*, separados desde el principio, tienen cada cual una novela aparte; el autor corre continuamente de uno á otro, y tiene que anudar mil veces el hilo de sus historias. Al leer las *Efesiacas* se conoce que Jenofonte procura sobrepujar á sus predecesores para no parecerseles; pero en su

escasez de ideas vaga de hipérbole en hipérbole y acaba por perder enteramente el sentimiento de lo verdadero y lo posible. Si quiere explicar la belleza de los dos amantes, presenta á todos los pueblos prosternados ante ellos, adorándoles como á unos dioses; y para probar mas su virtud é inspirar interés por sus infortunios, inventa extravagantes suplicios.» En suma, el libro de Jenofonte de Efeso apenas merece leerse, ni siquiera en el excelente francés de su último traductor; y segun confiesa el mismo traductor, es árido, pobre de ideas, de exiguo interés, digno en fin de los fraseólogos que pululaban en los últimos siglos de Grecia.

Aristénetes.

Aristénetes pertenece al siglo V ó al VI, y es un sofista, ó si se quiere, un novelista de la clase de Alcifronte. Sus *Cartas* son cuentos amorosos, ó mas bien ejercicios de estilo sobre materias eróticas. En sus composiciones sofisticas no hay que buscar sino lo que en ellas quiso poner el autor, esto es, frases hábilmente construidas, llenas de adornos de gusto sospechoso y de locuciones tomadas de los poetas. Aristénetes es un declamador sin talento: sus enamorados son locos pacatos que disertan utilísimamente sobre sentimientos que les son extraños, sin que lleguen ácausarnos ninguna emoción verdadera.

Estobeo. Eunapes.

A todos esos escritores llamados originales, cuya originalidad solo estriba en sus defectos de toda clase, preferimos sin vacilar á Estobeo, que se limitó á recoger y arreglar los extractos de sus lecturas, ó bien á Eunapes, que

redactó en mal estilo y con poca crítica las *Vidas* de los filósofos y sofistas de su época. Sus libros son muy preciosos para nosotros, en especial el de Estobeo, donde se hallan admirables composiciones en prosa y en verso que sin la compilacion de este filósofo aficionado se habrian perdido para siempre.

Nono.

Por punto general, los poetas de los siglos V y VI, ó cuando menos los versificadores, que segun se dice vivieron en aquel período, no llegan siquiera á la medianía y son muy dignos del olvido en que la posteridad les ha dejado. En los cuarenta y ocho cantos de las *Dionisiacas* de Nono no hay el menor destello del ingenio poético que aun brilla tanto en Proclo. Nono es muy erudito en mitología; no ignora ninguna de las tradiciones concernientes á Baco, su héroe; versifica fácilmente, y quizás en su tiempo le tomaron por un Homero; pero su erudicion y su hábil versificacion han producido un poema insulso. Nono era egipcio de Panópolis. Hizose cristiano, y despues de su conversion escribió una paráfrasis en verso del Evangelio de san Juan.

Coluto. Trifodoro.

Coluto, egipcio tambien segun se cree, nos dejó un corto poema intitulado el *Rapto de Helena*, cuyo mérito solo consiste en su extremada brevedad, y en no fastidiar demasiado tiempo al lector deseoso de conocer esta imitacion homérica. Harles, uno de los editores de Coluto, dice en palabras terminantes que el autor del *Robo de Helena* es un inepto imitador de Homero. Sus versos están bien compuestos; pero no fué mucho mayor su mérito al componerlos

que el de nuestro P. Giraudeau al fabricar los de su útil rapsodia. Hay empero en el poema una gran belleza: el cuadro de la desesperacion de Hermione, cuando la hija de Helena advierte la partida de su madre. Con todo, vese con sobrada claridad que aquí tampoco ha hecho Coluto mas que copiar, y que no hemos de atribuirle el honor de haber hallado tan patéticos acentos. Ese cuadro provendrá de algun poema ó de alguna tragedia antigua. Toda la originalidad del nuevo redactor está en las disonantes pinceladas que de vez en cuando se advierten, y particularmente sin duda en los últimos rasgos, que nos es difícil atribuir á otros que á Coluto: «No imputo á los bosques mi desgracia, ni temo tampoco las sacras aguas del Eurotas. ¿Seria posible que estuviesen bastante tranquilas para tenerte sumergida, sin sacarte alguna que otra vez á flote? Los rios, lo mismo que los mares, están poblados de náyades, y las náyades no hacen daño á las mujeres que van á visitarlas.»

La *Toma de Ilión* por Trifiodoro, compatriota, segun dicen, y contemporáneo de Coluto y Nono, es algo mas larga que el *Rapto de Helena*, sin que sea mucho mejor.

Quinto de Esmirna.

El poema de Quinto de Esmirna, intitulado *Residuos de Homero*, ó las *Posthomericas*, es una especie de compendio de las epopeyas cíclicas, dividido en catorce cantos, con el cual pretendió el autor continuar la *Iliada*. Hay en esta obra muy poca originalidad de composicion y de estilo; pero si bien ignora el poeta el arte de formar un todo de varias partes, y de sostener el interés con gradaciones hábilmente distribuidas, tiene de cuando en cuando arranques

poéticos bastante felices, y conócese que á veces sus versos han sido inspirados por buenos modelos. Seguramente Arcitino, Lesques y otros podrian reclamar por su parte casi todo lo que uno está tentado á admirar en Quinto; pero algun mérito literario tiene quien sabe escoger con bastante gusto entre las invenciones con que los poetas cíclicos llenaron sus epopeyas.

Museo el gramático.

La obra maestra épica de este período es el poema intitulado *Hero y Leandra*, de Museo el gramático. El relato de la catástrofe es sencillo y patético; el poema está bien desarrollado y escrito generalmente con una pureza de estilo y una ingenuidad de sentimiento que recuerdan los siglos de la bella poesía; pero tambien presenta indicios de afectacion sofisticada y cierta señal manifiesta de los tiempos de la decadencia. Por lo demás, es una obrita que no llega á cuatrocientos versos, linda y graciosa.

Agátias.

La *Antología* contiene cierto número de epigramas muy agudos, cuyos autores pertenecen al período que podemos considerar como el fin de la verdadera literatura griega. El género epigramático es el único en que los griegos no cesaron de sobresalir, aun mucho tiempo despues de Juliano y Proclo. Agátias, por ejemplo, á últimos del siglo VI, componia ingeniosísimos epigramas, algunos de los cuales figuran entre los mejores de la *Antología*. No era empero versificador sino ocasionalmente, y es mas conocido como historiador. Formó una coleccion de epigramas antiguos, que sirvió de

base á los de Cefálas y Planudo, y al compilarlos se le ocurrió insertar algunos de su invencion. Hé aquí uno que quizás no hubiera desaprobado Luciano, y el cual terminará agradablemente, á lo que creemos, esta dilatada revista de las últimas producciones del moribundo genio pagano.

« Despues de sembrar sus tierras, el labrador Calígenes fué á casa del astrólogo Aristófanes, y le preguntó: «¿Tendré buena cosecha? ¿Recogeré espigas en grande abundancia?» Este cogió algunas fichas, colocólas sobre su mesita, computó luego con los dedos, y dijo á Calígenes: «Si tu campo está bien regado por la lluvia; si no produce malas yerbas; si la helada no rompe los surcos; si el granizo no destroza la punta de las nacientes mieses; si la caza no devasta tus sembrados; en fin, si la cosecha no experimenta ninguna otra contrariedad del aire ó de la tierra, te pronostico un buen agosto, y segarás magníficas espigas; con todo, teme las langostas.»

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	Pág.
Capítulo XIX.—Sófocles.	5
» XX.—Eurípides.	19
» XXI.—Decadencia de la Tragedia.	42
» XXII.—Comedia antigua.	48
» XXIII.—Otros poetas del siglo de Pericles.	73
» XXIV.—Tucidides.	77
» XXV.—Antigua elocuencia política.	88
» XXVI.—Sofistas.	95
» XXVII.—Sócrates.	102
» XXVIII.—Oradores de últimos del siglo quinto antes de Jesucristo.	109
» XXIX.—Jenofonte.	121
» XXX.—Platon.	133
» XXXI.—Aristóteles y Teofrasto.	150
» XXXII.—Oradores del siglo cuarto antes de Jesucristo.	163
» XXXIII.—Esquino. Demóstenes.	176
» XXXIV.—Historiadores del siglo cuarto an- tes de Jesucristo.	193
» XXXV.—Comedia media.	197
» XXXVI.—Comedia nueva.	202
» XXXVII.—Dos filósofos poetas.	211